

EL SINDROME DEL CLOSET*

In Memoriam Alberto Montalva

Por Enrique Bossio

La oportunidad de conocer a Alberto (Beto) Montalva se me presentó en noviembre de 1984. Junto a un par de compañeros de la Universidad Católica de Lima, fuimos a ver "Baal" (una de las primeras obras de Bertolt Brecht), puesta en escena por el grupo Teatro del Sol, del cual Beto formaba parte. Ya un año antes, cuando empezaba a procesar mi identidad homosexual, había visto "El Beso de la Mujer Araña" de Puig con los "del Sol".

Al terminar la obra sentí una enorme ansiedad por la inminente caminata que yo y mis amigos haríamos hacia algún bar del centro de Lima, y los consabidos comentarios sobre las numerosas alusiones a relaciones homosexuales entre los personajes de la obra. De cualquier manera, ellos se las arreglaron para despedirse inopinadamente de quienes habíamos quedado rezagados para felicitar a los actores.

A la distancia, creo que mis amigos sabían que estaba tratando de encontrarme conmigo mismo y me dejaron a mi aire. Aunque tal encuentro no tendría lugar esa noche, sí ocurrió otro que lo anunció, pues entre un grupo de gente a quienes conocía de vista, fui invitado a tomar un trago a casa de alguien, y así trabé amistad con Beto y su grupo de amigos. Fue la primera vez que tuve la oportunidad de compartir con un grupo de personas abiertamente homosexuales y que llevaban existencias alegres, creativas, generosas. Tal encuentro me dio la respuesta que había buscado infructuosamente hasta entonces: sí podía permitirme ser quien era y a la vez llevar adelante una vida positiva.

Estoy harto de quienes, queriendo colocar la homosexualidad más allá de las fronteras de sus respetables territorios, etiquetan como homosexuales a la gente de teatro y artistas en general. Pero si bien los homosexuales estamos en todas partes, no es menos cierto que, desde muy temprano y por temor a identificarnos con una condición socialmente indeseable, hombres y mujeres homosexuales aprendemos a mentir, a actuar.

Ser indígena, mujer, pobre u homosexual son, en el Perú, condiciones desgraciadas. Pero mientras la discriminación asociada al origen racial o el sexo sólo puede evadirse aislándonos del mundo, con un poco de talento y *make up* es posible sobrevivir con las otras dos "maldiciones". Yo lo hice así durante los primeros veinte años de mi vida, porque estaba convencido de que no llegaría muy lejos sin ese conveniente encubrimiento. El problema no es, sin embargo, qué tan lejos llegue uno, sino dónde termina.

De modo que "mentir" es un talento que los homosexuales desarrollamos por instinto de supervivencia. Aunque naturalmente somos buenos para ello,

obviamente no somos los únicos: cuando "salí del closet" ante mi entorno, lo único que hice fue develar algo que todos sabíamos de antemano. En mi caso, todos hemos mentido. La diferencia es, quizá, que yo sabía por qué lo hacía. Como un niño, mentía para evitar el castigo (es decir, el aislamiento). Pero, ¿por qué mienten los otros? ¿qué temen ellos?

En el mejor de los casos, quienes se niegan a aceptar la homosexualidad de otros a su alrededor lo hacen por temor a que éstos sacrifiquen su felicidad. La homosexualidad ha sido con frecuencia retratada como una de las condiciones más viciosas e infelices a que está expuesto el ser humano. Siendo así, no son de culpar parientes y amigos que buscan ahorrarle a uno este "pozo de desdicha".

Pero no debemos concederle a todos tan generosa dispensa. Hay también quienes están genuinamente interesados en que todos los homosexuales nos pudramos en el infierno, cuanto antes mejor. Ellos insisten en que debemos ser curados, encerrados, acallados, excluidos. Quien no quiera enfrentárseles deberá vivir una mentira.

El desarrollo de una expresión sublimada del propio yo puede haber sido el inicio de una carrera artística para muchos homosexuales, probablemente incluyendo a Beto. Cuando lo conocí, sin embargo, lo que más me impresionó fue su capacidad de ser honesto consigo mismo y con los demás. Si alguna vez había vivido una mentira, hacía tiempo que la había relegado a las tablas, para fortuna de quienes disfrutamos del buen teatro.

Aunque descolló en el intento, Beto no fue el primero en llevar al arte la temática homosexual desde una perspectiva cuestionadora de mitos y prejuicios que caracterizan a la sociedad peruana. Se resistió, sin embargo, a ser encasillado como un actor panfletario. Lo que lo caracterizaba, más bien, era la fuerza y honestidad con que asumía su condición íntegra de homosexual, actor y hombre público, ganándose el respeto de los demás y animando a otros —como hizo conmigo— a tomar el mismo camino.

Ser el más joven entre los nueve fundadores del Movimiento Homosexual de Lima (MHOL) del cual Beto fue primer presidente, y trabajar después con él en *Querelle*, el pequeño bar gay que abrió en el distrito limeño de Miraflores, me permitieron ciertamente una continua intimidad con este hombre durante años.

Recuerdo especialmente una anécdota del bar: era el verano del '87, y habíamos organizado un concurso de afiches alusivos a la prevención del SIDA. El mejor afiche ganaría un premio económico al que contribuían los clientes en una alcancía colocada al lado del eterno plato con condones sobre la barra.

Cuando faltaban dos semanas para la premiación, hubo una redada policial en el bar. A pesar de contar con todas las licencias, el jefe del operativo insistió prepotentemente en llevarse detenidas a varias personas "vestidas de manera

escandalosa" y cogió el plato con condones como "prueba" de que el bar estaba "promoviendo el sexo".

Beto montó en furia. Subimos al auto y fuimos a la comisaría del sector, exigiendo hablar con el comandante. Éste nos recibió serísimo y Beto se le fue encima defendiendo la idea de nuestra campaña, y le dijo que no tenía derecho a detener a personas documentadas que querían tomarse un trago y divertirse en un local con licencia vigente.

"Estamos dispuestos a colaborar con la policía", le dijo Beto, "pero no vamos a permitir que se maltrate a nuestros clientes por el solo hecho de ser homosexuales. Yo soy homosexual, las personas que trabajan conmigo también lo son, y no tenemos ningún problema en reconocerlo. Pero otros sí temen verse expuestos, y muchas veces la policía aprovecha esta situación para extorsionarlos. Eso no va a ocurrir en mi bar". El comandante pidió disculpas, soltaron a los dos únicos clientes que no se habían quedado por el camino tras darle una "propina" a los uniformados, y santas pascuas. Nunca más tuvimos problemas con ellos.

Así era Beto: brillante, osado, tenaz. Aunque siempre lo tengo presente, la actual campaña por la inclusión de la diversidad en los terrenos legal, social, político y cultural, organizada por una serie de grupos homosexuales peruanos, me indujo a recapitular mis memorias. No voy a afirmar "Beto hubiera hecho esto o aquello". Lo que sí sé es que él no precisó de ley alguna para atreverse a vivir como lo hizo, para ejemplo de muchos.

No nos engañemos. Hombres y mujeres homosexuales estamos en todas partes: en el servicio diplomático, en los partidos políticos, en las organizaciones barriales, en las fuerzas armadas, en la iglesia, en la cárcel y probablemente también entre los militantes reciclados del movimiento subversivo Sendero Luminoso. Como reza un viejo refrán limeño: "En toda familia hay un hijo maricón y una tía chuchumeca (prostituta)".

Sin embargo, pese a ser tantos, somos invisibles porque nadie dice "esta boca es mía". Y así le negamos a nuestra comunidad, a nuestros hermanos y hermanas homosexuales la respetabilidad y "normalidad" de que disfrutamos al fingirnos heterosexuales. Pero la perdemos para nosotros, también.

No quiero ser injusto con nadie, y tampoco me hago ilusiones. Cada quien tiene sus motivos para permanecer en el closet. Yo les digo: "El closet no los protege". Digo más: "El closet los expone a mayores riesgos". Hay más probabilidades de salir airoso e incluso fortalecido de una auto-revelación dolorosa, pero sincera, que cuando lo sacan a uno del closet a la fuerza. Vivir con miedo es vivir a medias.

Cuando niño, me dejaba perplejo el cuento del rey que, enfermo de nostalgia, esperaba poder curarse al ponerse la camisa del hombre feliz. Sus emisarios, al encontrar al hombre feliz y descubrir que éste no tenía camisa, volvían

compungidos a palacio. Sin embargo, no se me hubiera ocurrido entonces –como sí se me ocurrió después de conocer a Beto— que el hombre feliz no tuviese camisa porque, quizá, no tenía un closet donde ponerla.

Del autor

Enrique Bossio M. Fundador del Movimiento Homosexual de Lima, MHOL (1985). Estudios de Humanidades (P.U. Católica, 1981-84), Antropología (U.N.M. San Marcos, 1985-87) y Comunicaciones (U. de Lima, 1988-92). Candidato a la Maestría en Manejo de Organizaciones de Desarrollo Internacional (School for International Training, Vermont, U.S.A., 1993-94). Director de Cross-Cultural Solutions, agencia de voluntarios estadounidenses que opera en Lima, Perú.

E-mail: youcanfindkique@yahoo.com

**Este artículo motivador, estará colocado en nuestro Foro de discusión. El autor propone cuatro temas a reflexionar y discutir.*